

Para nuestro entrañable Carlos Monsiváis

José Carlos Melesio Nolasco*

Durante los años setenta del siglo pasado, la historia que se practica en México se enriquece influida por la corriente francesa, conocida como Escuela de los Anales. Sus propuestas básicas: una historia abierta, tanto temática como temporal, también multidisciplinaria y planteando nuevos problemas, no conforme con la visión empirista de los hechos históricos, sino con su interpretación y problematización; una historia crítica, en el sentido filosófico del término, que se nutre del materialismo histórico, así como de la tradición de la Escuela de Frankfurt, para la cual se trata de historiar todo lo historiable y que aborda, por tanto, la vida cotidiana, las mentalidades, la biografía de la gente común. Esta renovada forma de hacer historia le da impulso y frescura a esta disciplina, al ocuparse, por ejemplo, de historiar lo contemporáneo, viajar hacia atrás en el tiempo con la preocupación mayor de entender el mundo actual.

En la Dirección de Estudios Históricos (DEH), fundada a mediados de los cincuenta, creció notablemente durante los setenta el número de investigadores, y muchos de ellos se vieron influidos por esta corriente historiográfica que también implicaba la adopción de perspectivas interdisciplinarias. Años durante los cuales se conjugó el fenómeno demográfico de la aparición de los jóvenes, la posibilidad de su ingreso a un mercado laboral urbano, la masificación de las instituciones de educación superior y los movimientos estudiantiles. Producto tal vez de tanta heterodoxia, y de la intervención de las autoridades del INAH, ingresaron a la DEH investigadores con una amplia gama de formación profesional: literatos, economistas, arquitectos, politólogos, arqueólogos, sociólogos, antropólogos y, claro, historiadores; todos haciendo historia, con enfoques y temas muy diversos. De esa época y con esa atmósfera peculiar destaca el ingreso a la DEH de nuestro muy querido Carlos Monsiváis.

Entonces la labor académica se organizaba por seminarios temáticos dedicados a estudios campesinos, estudios obreros, de la Revolución Mexicana, de México contemporáneo, de historia de las mentalidades, de estudios de la mujer. Carlos Monsiváis fundó, con Arturo Soberón y Antonio Saborit, el Seminario de la Cultura, en el que también participaron José Emilio Pacheco y José Joaquín Blanco. El privilegio de haberlo tratado más de cerca surgió para mí cuando del Castillo de Chapultepec nos mudamos a la actual casa de Tlalpan.

A partir de un curso previo de especialización en historia, el seminario de México Contemporáneo inició, ya en este siglo y en la nueva casa, un diplomado sobre el siglo xx mexicano. Para llevarlo a cabo, pedimos a diversos colegas una presentación sobre algún tema de su

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

especialidad. Carlos Monsiváis fue siempre un entusiasta participante de este diplomado, en el que impartió, edición tras edición, la conferencia inaugural. Sobra decir que en ellas hacía gala de una memoria prodigiosa, de interpretación sugerente y de una impresionante capacidad de síntesis. Tendremos por tarea recuperar las grabaciones de audio en las que despachaba, en algo más de una hora, su inteligente y documentada mirada sobre la cultura en México a lo largo de todo un siglo.

Otro espacio en el que los colegas de la DEH y algunos participantes de otras instituciones tuvimos la oportunidad de aprender y disfrutar de él, fue en el Taller del Libro, que Carlos Monsiváis coordinó hasta que ingresó al hospital en abril de 2010. A pesar del título del taller, que honraba una de las obsesiones monsvivarianas, los temas y problemas que recorrimos durante los casi ocho años de reuniones quincenales fueron muy variados. El último fue particularmente interesante: se dedicó a rastrear la celebración de los 200 años de la Independencia y los 100 años de la Revolución Mexicana. En el taller se señalaba que no había muchas evidencias para festejar, como era el planteamiento del gobierno federal, y que, más bien, debería tomarse co-

mo una oportunidad para reflexionar sobre la sociedad y sus valores más importantes, particularmente los más destacables y defendibles: el laicismo, la educación pública, la defensa por la justicia social y la tradición de hospitalidad para con los perseguidos políticos de otras latitudes. Monsiváis ofreció, a propósito, un texto que esbozaba un auténtico programa de investigación que destacaba la importancia de investigar y reflexionar, también, sobre los movimientos sociales en México y la veta, descuidada en su opinión, del liberalismo mexicano desde el siglo XIX. Al lado de su preocupación por el polo del contrapoder y la resistencia, le preocupaba también que se ahondara en el conocimiento y la comprensión de las vertientes ideológicas y organizativas de la derecha mexicana. Esta veta fue, de hecho, lo que dio pie al Taller del Libro, hacia 2003. Para tal objetivo se formó este espacio, abierto, plural, en donde Monsiváis proponía la lectura de libros y una discusión de los mismos, enviándonos también ensayos de su autoría relativos a los temas a tratar. La primera etapa se dedicó a lo que él llamó "los *best sellers* del siglo XIX". Así comentamos *El catecismo del padre Ripalda*, del que recuerdo el énfasis que Monsiváis ponía al señalar la pedagogía de aquel siglo, basada en dogmas



que había que memorizar sin cuestionamiento alguno y que tuvo secuelas hasta bien entrado el siglo xx. En esa línea leímos también a la artillería pesada de la tradición y las mentalidades de corte conservador, incluidos autores como Pérez Escrich, Chateaubriand y Jorge Isaac. No faltó, por supuesto, de Manuel Antonio Carreño, el *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre (escrito en 1853)*. El proceso de construcción de la laicidad, sobre todo en el terreno de las mentalidades y la moral social, fue eje de muchas de esas reuniones en que, por lo demás, se fue tejiendo nuestro afecto, respeto y admiración por Carlos Monsiváis.

Tal vez sea posible distinguir etapas en el curso del taller. Con todo, sólo en la primera hubo una guía previa de lecturas y cierto hilo temático conductor. Después, el guión iba marcado por los temas de la agenda nacional, las obsesiones de Carlos, las inquietudes o críticas que se manifestaban en el taller. Porque en el taller no faltaban la disidencia y la irreverencia, rasgos que Carlos, condescendiente o medio ofendido, parecía disfrutar. Ocurría, por ejemplo, en torno de su visión de la censura en el cine mexicano, del que, creo, discrepaba en parte Julia Tuñón, o frente a la credibilidad o utilidad de las encuestas de opinión. De algún modo llegamos así a disfrutar un ciclo de *film noir*, otro de rumberas, y algunas sesiones con películas de la talla de *La sal de la Tierra*. Tuvimos también el privilegio de ver películas casi inconseguibles de su colección particular, y hasta llevar a casa algún video gentilmente prestado por él.

Antes de la etapa de cine leímos también a clásicos como Benedict Anderson o a Eric Hobsbawm. Y seguimos, con lujo de detalles y poemas que Carlos recitaba al hilo, a autores como López Velarde, Amado Nervo o José Juan Tablada. Y muchos de sus avances o manuscritos que pronto podíamos leer en versión impresa, ante nuestra sorpresa por la velocidad, capacidad de trabajo y ubicuidad.

El Taller del Libro se iniciaba a una hora más bien incierta y con la nota más importante del día o la semana, de la cual Carlos tenía información privilegiada y un cúmulo de antecedentes, nombres, fechas y circunstancias que daban densidad al tema en cuestión. Su visión e inteligencia, permanentemente críticas y agudas, nos ayudaban, sin duda, a ver y a entender mejor. Y claro, con el toque de humor y sarcasmo, que no podía faltar. La discusión y los ensayos trataban alrededor de los problemas de México: pobreza-

desigualdad, narcotráfico, homofobia, corrupción y violencia, por ejemplo. En el tratamiento de los temas no faltaba la consideración de lo que se manifestaba en la radio, la televisión y la prensa, así como el tratamiento oficial.

Desde 2008, el taller tuvo un foro de discusión virtual en la página electrónica de la revista *Dimensión Antropológica*, donde se publicaron algunos de los ensayos de Monsiváis y de otros compañeros del taller. Fue iniciativa de Carlos, motivado por la intención de lograr un mayor acercamiento e intercambio con los jóvenes a propósito de las conmemoraciones del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución. Fue una época muy enriquecedora que pudo haber dado muchos más frutos si su salud no hubiera flaqueado, como lo hizo, desde mediados de 2009. Aun así, las sesiones del taller continuaron con algunos tropiezos o cambios de fecha. Su último texto para el taller, "Nación y patria", se comentó y se publicó en la página electrónica de *Dimensión Antropológica*. Quedó pendiente de discusión un texto que Julia Tuñón había preparado sobre la campaña del bicentenario, a propósito del orgullo de la mexicanidad.

Carlos fue un amigo generoso y sorprendente, conocido y querido por muchísima gente. En ocasiones tuve el gusto de ir por él a su casa, en la calle San Simón de la colonia Portales, para llevarlo a la DEH. En el trayecto, la gente lo saludaba de coche a coche. En su colonia todo mundo sabe dónde vivía. En los últimos meses, sus médicos le recomendaron vivir fuera de la ciudad de México, por lo que pasaba algunos días de la semana en una céntrica casa en Cuernavaca. Lo visité algunas veces, paseamos en auto y tomamos café en la Casona Spencer frente a la catedral. Alguna vez, en compañía de León García Soler, otra, con jóvenes estudiantes que le pidieron cita y entrevista. Carlos quería ir a las librerías de viejo y caminar por ahí, pero ya no le daba la energía. Le faltaba fuerza en las piernas y se sofocaba pronto. No se quejaba, sin embargo. Platicaba un poco con la gente, que invariablemente lo detenía para saludarlo, felicitarlo, tomarse una foto de celular con él. "Si me lanzo como candidato a la presidencia municipal seguro gano, ¿no?", bromeaba.

Pude, del mismo modo, disfrutar de algunas expresiones del cariño y amistad que compartieron Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. Dos personalidades de las que no es posible exagerar elogios: talento, genialidad, erudición, pasión humanista, talante ético. Cada uno a su manera, cada uno desde su lugar. Ambos de casi la misma edad, los dos pasajeros de metro, taxi o autobús. Compañeros de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. ¡Qué fortuna!